

V.—Condición de las ciudades, de las aldeas y de las «villas». La inmunidad

En la época merovingia, el territorio del *pagus* se dividía en *urbes* ó ciudades, *vici* ó burgos, y *villas* ó haciendas rurales.

Entre las ciudades (1) hay que distinguir la capital de la ciudad en donde reside el obispo; en otro tiempo esta capital gobernaba toda la extensión de la «ciudad (2)», y dictaba sus órdenes á las demás ciudades, burgos y haciendas, pero ahora ha perdido esta situación privilegiada y ni siquiera se gobierna á sí misma. Es indudable que subsiste aún la antigua curia, pero sus miembros carecen ya de autoridad y ante ella se verifican simplemente ciertos actos de jurisdicción voluntaria, como el registro de las donaciones, de los testamentos y de las manumisiones. Tiene además la custodia de los documentos relativos á estos actos, viniendo, por consiguiente, á desempeñar las funciones que más adelante serán de incumbencia de los notarios. Antes de las invasiones, el «defensor de la ciudad», elegido por cinco años, había llegado á ser el principal personaje de la misma; él era quien protegía á los habitantes contra las excesivas exigencias del fisco, quien terminaba sus procesos, quien vigilaba los trabajos de vialidad ó la reparación de las fortificaciones, siendo á la vez un patrono, un juez y un administrador. Después del establecimiento de los francos, todavía encontramos algunas huellas del defensor, sin que sepamos quién lo nombraba, si el conde ó los habitantes; pero estos restos de la antigua organización, curia y defensor, no tardan en desaparecer y los verdaderos señores de la ciudad son el conde y el obispo.

El conde administra en ella justicia, percibe los impuestos, convoca á los hombres al ejército, y su autoridad sobre la ciudad es la misma que sobre el resto del *pagus*, pero encuentra en ella la competencia del obispo. Este, que antiguamente era á menudo elegido como defensor de la ciudad, pretende que el gobierno de la misma le corresponde en lo sucesivo como obispo, de manera que algunas ciudades aparecen ya con el carácter de ciudades episcopales. Cuando Arnul fué nombrado obispo de Metz, recibió la ciudad «para gobernarla (3)», según nos dice su biógrafo. En una palabra, la ciudad es gobernada por el conde ó por el obispo; toda organización autónoma ha desaparecido, y sólo por efecto de un error se ha podido en otro tiempo relacionar los comunes del siglo XII con los municipios romanos (4).

Por otra parte, la ciudad ya no presenta el aspecto que ofrecía en tiempo del Imperio: los antiguos edificios, arcos de triunfo, templos, basílicas y termas han sido en su mayoría destruidos durante las invasiones ó

las guerras civiles, y sus restos yacen en el suelo. Los anfiteatros sirven de fortalezas, y en sus pistas se construyen informes viviendas; de cuando en cuando ciertos príncipes mandan repararlos ó construyen otros nuevos y dan en ellos fiestas. Las estatuas que representan divinidades paganas han sido mutiladas y derribadas y los habitantes no edifican más que iglesias. Fuera de la población álzase los monasterios con sus elevados muros: son la ciudad santa al lado de la ciudad profana; y en los días de fiesta solemne, las procesiones recorren el trayecto entre estas abadías y la catedral situada dentro de las murallas.

Las ciudades secundarias llevan el nombre de *castra* ó de *oppida* y en ellas no encuentra el conde la rivalidad del obispo, puesto que no son sedes episcopales. Muchas, sin embargo, alcanzan una prosperidad superior á la de la capital de la ciudad: Dijón, simple *castrum* dependiente de la ciudad de Langres, tiene magníficas murallas guarnecidas por treinta y tres torres; su campiña, regada por el Ouche y el Luzón, es fértil; en sus colinas se cultivan unos viñedos cuyo vino saben apreciar los francos, y en su recinto existen numerosos santuarios.

Pero en general la población de todas estas ciudades es bastante escasa y se encuentra holgada dentro de las murallas, como en un traje demasiado ancho. En los comienzos del período merovingio, todavía se dedicaba á la industria y al comercio, citándose en los siglos VI y VII algunas fábricas de telas en Tréveris, en Metz y en Reims, y otras de jarros, de los que nos quedan multitud de muestras halladas en los sepulcros. Hay una industria que nos ha dejado productos cuya perfección nos asombra, la orfebrería, lo cual se explica porque los merovingios eran muy aficionados á las armas brillantes, á los escudos delicadamente cincelados, á las placas de cinturón esmaltadas, á las fíbulas de artística forma que sujetaban los vestidos, á la vajilla de oro y de plata (5).

Pero á partir del siglo VI el trabajo comienza á languidecer, y las corporaciones de artesanos, tan prósperas en la época romana, desaparecen. La industria abandona las ciudades y se refugia en los campos, y cada *villa* tiene sus artesanos que fabrican los objetos necesarios al consumo local. En cambio la ciudad deja muy pronto de pedir al campo su sustento: en efecto, detrás de las casas se extienden los jardines que proporcionan las legumbres; en el interior del recinto amurallado se siembran espacios considerables, y una zona de tierras cultivadas en el exterior constituye las afueras urbanas: la ciudad se hace rural.

El comercio sigue siendo bastante próspero, porque los francos necesitan hacer venir de fuera las especias, las drogas medicinales, el papiro y los ricos trajes de seda, artículos que el Oriente les proporciona y que son conducidos á los puertos de Marsella, Arlés y Narbona, ó bien llegan por la vía terrestre de Constantinopla y del valle del Danubio. Esta última dirección seguían los mercaderes que iban á comerciar en los países eslavos ó wendos. Algunos comerciantes estaban en relaciones con el país del ámbar y también con la Gran Bretaña, que era el mercado principal de los esclavos.

(5) Véase más adelante, capítulo V, párrafo 5.º

Existían asociaciones, por lo menos temporales, de comerciantes; así por ejemplo, Gregorio de Tours cita la de Verdún. Un día el rey Teodeberto prestó á Dizier, obispo de aquella ciudad, siete mil *aurei* para subvenir á las necesidades de la afligida ciudad; Dizier distribuyó esta cantidad entre los comerciantes de la población, que pudieron restablecer sus negocios y volver á ser ricos, y el rey se negó á aceptar la devolución del préstamo, Childeberto II hizo restituir á varios mercaderes que se dirigían á España las mercancías que les habían sido quitadas, y ellos, como prueba de agradecimiento, le regalaron una espada y un tahalí. El comercio está principalmente en manos de los bizantinos y de los judíos; los primeros, á quienes se denominan sirios, constituyen colonias importantes en ciertas ciudades, como Marsella, Burdeos y Orleans, y en 591 un sirio, Eusebio, consigue hacerse nombrar obispo de París gracias á los presentes que ofrece al rey. También es considerable el número de judíos residentes en las ciudades, y como la Iglesia prohíbe el préstamo á interés, no tardan en hacerse dueños absolutos del comercio de dinero. Prisco, judío de París, es el agente de Chilperico para las compras de géneros exóticos.

Celébranse en el reino ferias de las cuales es ya famosa la de Saint-Denis, que se celebra á las puertas de París, en un terreno cruzado por el arroyo de Menilmontant y que permanece abierta durante cuatro semanas. Además, algunas plazas de las ciudades (por ejemplo la de Nuestra Señora de París) tienen á su alrededor tiendas y almacenes en donde se exponen las telas y las joyas, comercios que conservan cierta actividad á pesar de la decadencia de la industria.

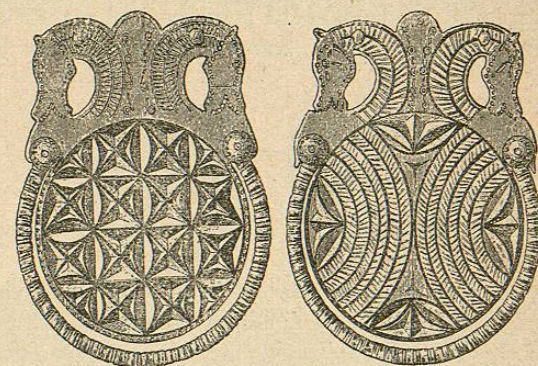
Después de las ciudades y de los *castra* vienen las comunidades de hombres libres que constituyen los *vici*, la mayoría de los cuales se remontan á la época romana y cuya organización ya hemos descrito (1). Los francos, por su parte, crearon en la región del Nordeste algunos *vici* (2). Los *vici* germánicos y los galo-romanos

(1) Véase pág. 116 de este tomo.

(2) La existencia de estos *vici* nos parece demostrada por el título *De migrantibus* de la ley sálica. Muchos autores han pretendido que en estos *vici* existía la propiedad común, y se ha dicho que los hombres libres poseían en ellos una casa rodeada de un espacio cercado, y que el resto del territorio, denominado *marca*, no estaba adjudicado, sino que pertenecía á todos los habitantes, concediendo de cuando en cuando los jefes una parcela del mismo á cada familia, la cual la cultivaba y recogía sus frutos. Algo después, cuando la tierra estaba cansada, quedaban en barbecho las primeras parcelas distribuidas, y se daban nuevos lotes para el cultivo, realizándose estas operaciones de una manera regular. Más allá de estos campos cultivados, siguen diciendo los que sostienen aquella teoría, extendíanse los prados y los bosques que siempre fueron comunes. Pero todas estas hipótesis muy seductoras no se fundan en documentos. En el *vici* germánico no había propiedad común, como no la había en los burgos galo-romanos; el territorio de las afueras estaba distribuido en lotes que eran de propiedad individual de los diversos habitantes. Véase la exposición de la teoría germánica en las obras de Lud. von Maurer, *Einleitung zur Geschichte der Mark-Hof-Dorf-und Stadtverfassung in Deutschland*, Munich, 1854; *Geschichte der Markverfassung in Deutschland*, Erlangen, 1856; *Geschichte der Fronhöfe, Bauernhöfe und Hofverfassung in Deutschland*, cuatro volúmenes, Erlangen, 1862-1863; *Geschichte der Dorfverfassung in Deutschland*, dos volúmenes, Erlangen, 1865-1866. Véase también Garsonnet, *Histoire des locations perpétuelles*, París, 1878. Véase la crítica de Fustel de Coulanges, *La marche germanique*, en las «Recherches sur quelques problèmes d'histoire.»

se presentan indudablemente en su origen con diferente aspecto; pero á medida que ambas poblaciones se mezclaron, fueron tomando la misma fisonomía.

Los *vici* merovingios están situados, por regla general, en los caminos reales, y su población se compone de comerciantes, artesanos ó pequeños propietarios cuyas tierras constituyen las afueras del *vici*. Sólo en la ciudad de Tours conocemos 31 *vici*, y algunas aldeas conservan todavía en sus nombres el recuerdo de su antigua condición: Vy, Vic, Neuvic, Vieuvy, Moyenvic, Longwy, Viaisne (*Vici Axonæ*, del Aisne), Vivonne (*Vici Vedonnae*, del Vienne), Meuvy (*Mose vicus*), etc. Muchos de estos *vici* han llegado con el tiempo á ser verdaderas ciudades: Arlón, Marsal, Brioude, Amboise,



Adorno de plata, con las estrías del niel de sulfuro del mismo metal, encontrado en Babenhause. (Museo de Maguncia.)

Loches, etc.; otros, en cambio, han descendido á la categoría de aldeas.

Los habitantes del *vici*, *vicani*, pueden poseer, recibir donaciones y legados; tienen una caja común, una iglesia que han construido y sostienen con su peculio, y forman una parroquia.

Las grandes haciendas, *villa*, que eran ya en la época romana más numerosas que los *vici* (3), se multiplican en los tiempos merovingios. La *villa* cubre casi todo el territorio y de ella han salido la mayoría de las aldeas modernas.

La *villa* es una hacienda privada que con frecuencia pertenece á un solo propietario. Ya hemos indicado el procedimiento que se siguió para su denominación (4). En la época merovingia comienza la transformación que poco á poco sacará de este nombre el nombre moderno. La *villa* de *Victoriacus*, propiedad de la *gens* Victoria, dará, según las diversas regiones de Francia y las reglas de la fonética romana, los nombres modernos de Vitrac, Vitrec, Vitré, Vitrey y Vitry (5). Los francos, propietarios de varias *villa* á consecuencia de las invasiones, les dan su nombre: Gerbeville, Ramberviller, Goncourt, Baudricourt, son las *villa* ó los *curtes* de Gerberto, Ramberto, Godón y Balderico. Estos nombres rara vez sirven para aldeas nuevas, sino que casi siempre substituyen á nombres romanos: así en Alsacia la aldea antes llamada *Deciacus* se convirtió en

(3) Véase pág. 224 de este tomo.

(4) Véase la misma página.

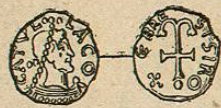
(5) Respecto de estos nombres se consultará J. Quicherat, *De la formation française des noms de lieux*, París, 1867. D'Arbois de Jubainville, *Recherches sur l'origine de la propriété foncière et des noms de lieux habités en France*, París, 1889.



*Chagambach* (el arroyo de Hagen) cuando un Hagen se hizo dueño de ella (1). Con frecuencia también tomó la villa el nombre del santo al cual estaba consagrada la parroquia: Dampierre, Dammartin, Domevre (*domus Petrus, Martinus, Aper*) ó Saint-Pierre, Saint-Martin, Saint-Evre.

Cuando una villa se desmembra á consecuencia de una venta, de una donación ó de una división entre hermanos, que era el caso más frecuente, continúa formando un todo con vida propia.

El propietario de una villa, continuando y ampliando una costumbre introducida en la época romana, dividía el terreno en dos partes: una que explotaba él mismo y otra que, dividida en varios lotes, se concedía, mediante ciertas condiciones, á toda clase de terrazgueros. La primera se denominaba la tierra ó el manso del amo, *terra dominicata*, *mansus indominicatus*, y los



Moneda de Catulaco. (Oro.)

francos la denominaron *terra salica*, la tierra que rodea la casa (*sale*). El manso dominical comprendía, en primer lugar, la casa-habitación, que si no tan lujosa como en la época romana (2), todavía es suntuosa y está rodeada de pórticos cuyas columnas se reflejan á menudo en las aguas de un estanque ó de un río; al lado de ella están las dependencias, los establos, lagares, panaderías, etc., y los talleres en donde varios obreros, siervos ó libertos, carpinteros, carreteros, talabarteros y orfebres, fabrican los utensilios necesarios para la villa. En los gineceos, las mujeres cardan la lana de los carneros ó tejen vestiduras. Alrededor de los edificios se extienden las tierras de la hacienda, jardines, huertos, campos ó viñedos. El manso dominical es explotado por los siervos afectos á la persona del amo, y los terrazgueros de la otra parte de tierras trabajan en él en concepto de prestación de servicio personal.

Hay finalmente en este manso la iglesia de la villa construida por el señor, que con el tiempo será la cabeza de la parroquia rural (3).

La segunda parte de la villa está dividida en pequeñas fracciones cuyo usufructo cede á siervos, libertos ó lides y á hombres libres. La unidad de arrendamiento se denomina el manso que, según la clase del arrendatario, es *servile*, *lidile* ó *ingenuile*, y que se compone de una casita (*casa*) y de tierras. Las casitas están á veces aisladas, en las montañas y en ciertos rincones retirados, pero generalmente se agrupan alineadas á lo largo de calles. La villa merovingia debía parecerse mucho á nuestras modernas aldeas. Cuando la casa está aislada, las tierras afectas á ella forman un solo coto y están limitadas por mojones; en otro caso están fraccionadas y el manso comprende tierras de toda clase, campos, prados y viñedos. El valor de los mansos debía ser en un principio el mismo en todas las villas; pero muy pronto

hubo desigualdades, pues el terrazguero podía adquirir varios mansos ó enajenar, bajo ciertas condiciones, una parte del suyo, lo que fué causa de que hubiera pobres y ricos. El señor de la villa seguía siendo siempre propietario del manso; el terrazguero debía pagarle un censo, diversas prestaciones y servicios y contribuía en buena parte, como hemos visto, á dar valor á la *terra dominicata*.

El señor ponía á disposición de los hombres de la hacienda un molino, una prensa, á menudo también una fragua y una cervecería: tal es el origen de las *banalidades*, pues los terrazgueros estaban obligados (*banaliti*) á recurrir á estos establecimientos. El propietario se reservaba para él los bosques y las corrientes de agua, con el derecho de caza ó de pesca; pero á cambio de un canon cedía á los terratenientes derechos de uso en los bosques, que, por otra parte, á causa de la falta de caminos y de una buena explotación, eran de muy escaso rendimiento.

El propietario tenía el derecho de coerción sobre los hombres de la hacienda, castigándoles por las faltas cometidas para con él, como servicios no prestados, censos no satisfechos. Además, como el señor ha de mantener el orden en sus dominios, este derecho fué desde el tiempo de los romanos un verdadero derecho de jurisdicción, siendo aquél quien juzga los delitos y los crímenes (4). En el siglo IV, las leyes romanas ampararon contra sus caprichos al esclavo y al colono; pero como las leyes bárbaras substituyen con frecuencia la responsabilidad del amo á la de los esclavos y obligan, como hemos dicho, al primero á pagar la composición por los crímenes ó delitos cometidos por los segundos, recobra aquél el derecho de castigar y vuelve á ser el juez por lo menos de la población servil de sus tierras. Esta jurisdicción será una de las fuentes principales de la jurisdicción feudal.

El propietario de estas haciendas las posee con todos los derechos que constituyen la *plena re in potestas*, la plena propiedad, tal como la definieron los jurisconsultos romanos con el *jus utendi et abutendi*, el derecho de usar y abusar. La invasión de los francos en nada modificó la condición de las tierras. Los bárbaros se establecieron en las haciendas que estaban abandonadas y algunos recibieron del rey tierras sacadas de los bienes del fisco, pero las recibieron en plena propiedad; y aunque venían obligados á estar agradecidos al soberano por tal donación, ésta no creó ningún vínculo jurídico entre unos y otro.

Entre los bienes patrimoniales se distinguían los procedentes de los antepasados, el patrimonio de la familia, y los adquiridos, sea por compra ó donación ó por el hecho de poner en estado de cultivo un terreno baldío: de los primeros decíase que eran poseídos *ex alode* ó *de alode parentum*, «del alodio de los padres.» La palabra «alodio», cuya etimología era incierta (5), poco á poco sirvió para designar los mismos bienes patrimoniales, sin distinción de muebles ó inmuebles; pero

(4) Véase pág. 231 de este tomo.

(5) Además del libro de Fustel de Coulanges, ya citado, consúltase el de Chenón, *Etude sur l'histoire des alleux en France*, París, 1888. Lanery d'Arc, *Du franc-alleu*, París, 1888. Bonin, *L'alleu en Bourgogne*, en las «Positions des thèses des élèves de l'Ecole des Chartes», 1888.

(1) Hoy es Hambach, en el cantón de Drulingen, distrito de Saverne (Alsacia-Lorena).

(2) Véase pág. 231 de este tomo.

(3) Véase más adelante, capítulo V, párrafo 2.º

como la tierra era la parte más importante de la herencia, acabó por aplicarse á la tierra de los antepasados.

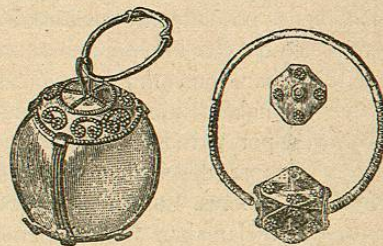
Cuando las condiciones de la propiedad variaron, cuando fué considerable el número de los beneficios, que vamos á definir, la palabra «alodio» tuvo otra acepción, designándose con ella la tierra que se poseía en propiedad, por herencia, compra, donación u otro título cualquiera, en oposición á la que de otra tierra dependía. La palabra que antes se oponía á adquisición, opúsose entonces á beneficio, y se empleó la fórmula «la tierra que he adquirido en alodio», que originariamente habría sido un contrasentido. Más adelante, cuando el beneficio llegará á ser, con el nombre de *feudo*, el modo ordinario de la posesión territorial, el alodio se ofrecerá como cosa excepcional, singular; será la tierra absolutamente libre de impuesto, no dependiente sino de Dios, y la palabra se convertirá en un verdadero nombre propio que se aplicará á aldeas como Laleu, Lalleu, Lalheue, Laleuf, y aun á calles como la de la Lue (del *alleu*, alodio) que existe en Besanzón.

En los siglos VI y VII había aún gran número de pequeños patrimonios: el territorio de la villa de Giesdorf (1), en Alsacia, por ejemplo, estaba dividida entre multitud de propietarios libres, 18 de los cuales ceden sus parcelas á la abadía de Wissemburgo. Mas no tarda en constituirse la gran propiedad. Algunas de esas villas pertenecientes á un solo dueño eran muy extensas, y aun sucedía que un mismo propietario poseía varias villas ó parcelas de villa, separadas á veces por grandes distancias, pero también formando en otros casos un solo todo. Las iglesias ó las abadías que jamás enajenaban sus bienes y que continuamente recibían otros nuevos, fueron muy pronto riquísimas propietarias; si se tiene en cuenta que las abadías eran muy numerosas y que había en la Galia 112 obispados, no resultará temeraria la suposición de que la Iglesia poseía una tercera parte del territorio. Ahora bien, de la gran propiedad nació un nuevo modo de posesión que hacía depender una tierra de otra.

La Iglesia cedió una parte de sus inmensos bienes á título de precario, por un procedimiento conocido ya de los romanos (2) y que se generalizó extraordinariamente en la época merovingia.

El hombre libre que quiere obtener de la Iglesia un precario se dirige al obispo ó al abad, le formula una súplica humilde (*ego ille precator*, yo el suplicante) para alcanzar por beneficio (*per vestrum beneficium*) una tierra que pueda cultivar y cuyos frutos le pertenezcan, obligándose á no enajenar la hacienda que solicita y á no detraer de ella ninguna parcela y con la condición de que á su muerte volverá aquélla al obispado ó al monasterio con todas las mejoras en la misma introducidas. Si esta petición, llamada *precaria*, súplica, es otorgada, el obispo ó el abad responde por medio de un documento denominado *prestaria*, concesión: «Como habéis venido en tono suplicante y nos habéis dirigido tal ruego, nuestra voluntad os concede esta tierra que

es nuestra; mientras viviréis, no tendremos derecho á quitárosla, pero la tendréis por nuestro beneficio (*per nostrum beneficium*) y á vuestra muerte volverá á nuestras manos ó á las de nuestros sucesores.» El usufructo, en el ejemplo citado, es vitalicio, pero á veces se fija un plazo de cinco, diez ó quince años, y en otros casos se extiende á dos generaciones, no recobrándose el precario hasta el fallecimiento del hijo del donatario; nunca es transmisible por herencia. Con frecuencia se especificaba el pago de un canon anual que consistía en algunos sueldos ó en algunas libras de cera y se pagaba el día de la fiesta del santo patrono de la iglesia. Con la concesión de estos precarios la Iglesia ha recompensado en algunas ocasiones á viejos clérigos ó antiguos servidores y también á poderosos laicos que



Esfera de cristal de roca con adornos de oro y pendiente de oro adornado con perlas de vidrios y colores, procedentes de una tumba de Alzey. (Museo de Maguncia.)

le habían prestado algún servicio; pero á menudo se limitaba á ceder bienes que no podía explotar por medio de sus siervos, lides y colonos; por tales bienes percibía un modesto canon y además se los devolvían mejorados. Y sin embargo se dirá siempre que el donatario posee la tierra por *beneficium*, por beneficio, y pronto se dará el nombre de beneficio á la tierra misma. Precario y beneficio son, en su origen, completamente sinónimos.

Muchas veces la Iglesia exige que á cambio de la tierra que da en precario, el beneficiario le haga donación de otra tierra del mismo valor: este último, entonces, usufructúa las dos tierras, la de la Iglesia y la suya, por un tiempo determinado, transcurrido el cual ambas pasarán á poder de aquélla. El propietario de 50 arpentas doblará su renta cultivando 100, pero á su muerte la Iglesia poseerá las 100, de modo que habrá duplicado su capital. «La costumbre del precario» enriqueció á la iglesia de Verdún, y Didier de Cahors adquirió para su sede muchas tierras «beneficiando», es decir, concediendo beneficios. En otros casos, muy frecuentes, la Iglesia recibe del suplicante, sin dar ella nada de sus propios bienes, una tierra que deja al donador á título de precario; el precarista asegura de este modo su salvación en el otro mundo y continúa disfrutando en éste de las mismas rentas, solamente que á su muerte sus herederos son despojados y la Iglesia toma posesión de la hacienda (3).

Los grandes propietarios, imitando el ejemplo de la Iglesia, cedían en precario parcelas de su patrimonio, constituyéndose de este modo nuevos clientes; también como la Iglesia recibían bienes libres y los cedían en

(1) En el cantón de Woerth, distrito de Wissemburgo (Alsacia y Lorena).

(2) Sobre el precario romano, véase pág. 226 de este tomo. Algunos han señalado al precario merovingio otro origen y lo denominan *la precaria*, para distinguirlo del precario romano. Véase Wiart, *Essai sur la précaire*, París, 1894.

(3) Las tres especies de precario descritas son á veces denominadas: *precaria data*, *precaria remuneratoria*, *precaria oblata*.